

“EL ALMA, EL CUERPO Y EL PSICOANÁLISIS”.

Lazslo Antonio Ávila^(*)

El texto presenta una sucinta discusión sobre las relaciones entre Psicoanálisis y Psicosomática. Hace una retrospectiva de la evolución de la concepción de las prácticas curativas, desde la paleo-medicina, pasando por una distinción entre medicina psicosomática y psicosomática psicoanalítica, hasta una propuesta de superación del dualismo mente-cuerpo.

La psicosomática es una nueva especialidad de la medicina, es un campo distinto de aplicación para el psicoanálisis y una de las más fecundas áreas de interfaz para el desarrollo de la investigación sobre el fenómeno humano. En los últimos setenta años, un gran número de trabajos, tanto médicos, como vinculados a la teoría y la clínica del psicoanálisis, han surgido, propiciando una serie de desdoblamientos que afectan al curso de la práctica médica en general, así como plantean cuestiones para los modelos de comprensión de varios aspectos que tienen lugar en el ser humano, la salud, la enfermedad, y la conducción de su experiencia concreta en tanto ser vivo, social y culturalmente determinado.

En este trabajo abordaremos tres puntos importantes para la localización de la perspectiva en que nos situamos, y que permiten la especificación de un abordaje psicoanalítico para la Psicosomática. El primer punto se refiere a una breve revisión histórica de la evolución de la concepción psicosomática, acompañando el trayecto de las prácticas curativas desde la Paleo-Medicina, o Medicina ancestral, hasta el siglo XIX. El segundo punto hace la diferenciación entre las dos tendencias fundamentales en que se divide la Psicosomática, para las cuales proponemos las designaciones de Medicina Psicosomática y de Psicosomática Psicoanalítica. Finalmente, presentaremos un modelo para la representación del fenómeno psicosomático, que permite una aproximación a la deseable superación del dualismo cuerpo-mente.

LAS PRÁCTICAS CURATIVAS ANCESTRALES

La pintura rupestre, desde el hombre del Paleolítico al Neolítico, entre 50.000 y 10.000 años antes de Cristo, representó las primeras expresiones conocidas de la humanidad, aportando con innumerables informaciones sobre la cultura humana de los primordios de la historia. En la cueva de los Tres Hermanos, en Francia, se encuentra la representación de un probable sacerdote-médico, vestido con pieles de animales y llevando cuernos de alce, fechada, según las pruebas con carbono 14, hace ya 35.000 años. Según Lopes (1970), los registros arqueológicos demuestran una íntima relación entre las prácticas religiosas y curativas en la prehistoria. La técnica primitiva de la *trepanación*, en realidad era una sofisticada cirugía en que una parte del cráneo era removida, y tenía por objeto, según ese autor, en propiciar que los “*malos espíritus*” fueran ahuyentados del enfermo.

En la cuna de la Civilización, en la Mesopotamia, los curanderos luchaban contra las enfermedades con encantamientos, considerando que las fuerzas maléficas que se materializaban como enfermedades eran expresiones del castigo o venganza de los dioses (Lopes, 1970, pp 30-31). Entre los asirios, la práctica curativa incluía la cirugía, la astrología, las drogas de origen vegetal y la interpretación de los sueños del paciente. Los principales pecados, causantes de enfermedades, eran: “*Excitar al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, excitar al amigo contra el amigo, entrar en la casa del prójimo, conquistar a la mujer del amigo, dividir a una familia unida, desatender al matrimonio superior, y así sucesivamente*” (Lopes, 1970, p-38).

Nótese, como en esta interesante enumeración, son los factores básicos de la convivencia humana, de

integración cultural, los que están en juego, siendo la enfermedad una expresión de la perturbación del vivir. Como se expresa en otro trabajo: “Se debe notar que, en este sistema integrado, salud y devoción, armonía y cirugía, destino y significación, son los polos que rigen lo que el hombre vive y cree, compartiendo con dioses y demonios su historia” (Ávila, 1996).

Entre los egipcios, ya se puede constatar la especialización, pues existían, según Heródoto, médicos que trataban de las diferentes partes y sistemas, de órganos específicos, o de conjuntos de síntomas. Practicantes de sofisticadas técnicas médicas y quirúrgicas, los egipcios legaron a los griegos muchos de los elementos que serían desarrollados por los asclepiades, o médicos helénicos. En la obra de Hipócrates (o de los muchos Hipócrates, pues según Lopes habrían existido muchos médicos con este mismo nombre) se verifica cuánto de la Medicina clásica se adhería a una concepción amplia e integrada de las enfermedades. Para el médico hipocrático, el organismo humano era considerado un microcosmos, insertado en el universo mayor que el regía. “Decía Hipócrates:” Para conocer la naturaleza del hombre es necesario conocerse la naturaleza de todas las cosas “(Lopes, 1970, p 111).

DE LA EDAD MEDIA A LA EDAD MODERNA

Los principios fundamentales de la medicina griega, añadidos a la contribución de Galeno y de los médicos romanos, formaron la base de las técnicas curativas durante toda la Edad Media. El hombre en interacción con la naturaleza, su cuerpo y su espíritu, eran inseparables; tal era la concepción de ese período, como se puede constatar en un documento, rescatado y comentado por Phillipe Ariès.

“Una idea general emanaba de la obra, idea erudita que pronto se hizo extremadamente popular: la idea de la unidad fundamental de la naturaleza, de la solidaridad existente entre todos los fenómenos de la naturaleza, que no se separan de las manifestaciones sobrenaturales. La idea de que no había oposición entre lo natural y lo sobrenatural pertenecía al mismo tiempo a creencias populares heredadas del paganismo, y una ciencia tanto física y teológica (...) Una misma ley rigurosa rige al mismo tiempo al movimiento de los planetas, al ciclo vegetativo de las estaciones, a las relaciones entre los elementos, al cuerpo humano y sus humores, y al destino del hombre. (Ariès, 1986/1566, pp. 34-35):

Con la gran revolución científica de la edad moderna, surgirán muchas transformaciones, pero la concepción médica permanece tributaria de una forma de representación de las enfermedades y de su causalidad donde cuerpo y espíritu todavía están íntimamente unidos. Así, por ejemplo, Ettmüller, en 1691, describía como causas para las convulsiones, algunos factores que hoy serían refrendados por la medicina moderna, al mismo tiempo que otros serían sin duda relegados, como conocimientos supersticiosos, precientíficos, o francamente irrisorios: “*El cólico nefrítico, los humores ácidos de la melancolía, el nacimiento durante un eclipse de luna, la vecindad de las minas de metal, el cólera de las nodrizas, el estreñimiento, los huesos de níspero en el recto y, de modo más inmediato, las pasiones, sobre todo las del amor*” (Foucault, 1972/1691 p. 222).

Sin embargo, la distinción establecida por Descartes, entre la *res cogitans* y la *res extensa*, pronto se traducirá en fundamento para la aprehensión del cuerpo como realidad objetiva, conduciendo a la radical separación entre cuerpo y mente, que la Medicina de los siglos XVII y XVIII consagrará. Al adoptar la categorización que nació con la Botánica, la minuciosa descripción y clasificación de todo el mundo natural, al mismo tiempo que los principios de la experimentación de las ciencias físico-químicas, la Medicina pasa a emplear los nuevos parámetros que confluirán, en el siglo XIX, los grandes descubrimientos científicos de los factores etiológicos de innumerables enfermedades, y el desarrollo de nuevos recursos diagnósticos y terapéuticos. La Medicina ingresa en el siglo XX con la esperanza de poder abordar, con la Biología, la Física y la Química como retaguardia, y la tecnología como aliada, la totalidad de los padecimientos humanos.

LA ESFINGE

Sin embargo, existe una enfermedad, descrita hace más de 4.000 años, y que parece no inclinarse a todos los esfuerzos diagnósticos y curativos de la Medicina: se trata de la Histeria, entidad tan enigmática y tan exasperante, que innumerables médicos, antiguos y actuales, proponen que se abandonen todos los intentos de comprenderla. Por cierto, es exactamente la Histeria la que va a dar surgimiento a otra y revolucionaria forma de pensar el sufrimiento humano: el psicoanálisis.

La Histeria parece confundir todas las fronteras, y va a obligar al creador del psicoanálisis a la creación de un método propio de investigación, método que es co-extensivo de sus formas de expresión. Son las históricas las que inventan el psicoanálisis, forzando, con su deseo enigmático y demandante, que su voz se haga oír, que sus sufrimientos “sin causa” sean tenidos en cuenta, con el más intenso compromiso del profesional que esté buscando auxiliarlas. Freud puede hacer el gesto revolucionario, ya olvidado por la medicina de su época, de oír a su paciente, y con ello traerla al propio centro de su propia historia y, así, también, de su proceso terapéutico.

El psicoanálisis, sin embargo, y su revelación, va a contribuir a que la medicina moderna haga más profundo el foso entre los fenómenos psíquicos y los somáticos, como se puede constatar en todos los intentos actuales de encontrar factores exclusivamente biológicos para comprender procesos de enfermedad, buscando “aislar” los factores “no objetivos”.

LAS DOS PSICOSOMÁTICAS

En la década de 1920 van a surgir, simultáneamente en Alemania y Estados Unidos, investigadores interesados en aplicar el psicoanálisis al conocimiento de los determinantes de las enfermedades. En Nueva York, la Dra. Helen Dunbar y en Chicago, el grupo ligado a Franz Alexander fundan lo que debe ser denominado como Medicina Psicosomática. Esta designación se aplica, pues a un Psicoanálisis que será empleada, por esos autores y muchos otros que los siguieron, como un medio terapéutico auxiliar del procedimiento médico; y sus hipótesis y modelos teóricos funcionarán para esclarecer posibles determinantes inconscientes para las enfermedades. Para la Medicina Psicosomática, como afirma Trillat, “*el conflicto no es específico*”:

“Lo que es específico, es una respuesta proporcionada por cada individuo en función de su carácter, de sus tendencias: la agresividad que no encuentra medios de descargarse en el sistema de relación, va a tomar prestada la vía neuro-vegetativa y provocar perturbaciones cardiovasculares. En otros casos, la necesidad de dependencia o de protección, si no es satisfecha, va a traducirse en perturbaciones de la esfera digestiva (úlceras, estreñimiento, colitis).”

La medicina psicosomática adopta los mismos criterios diagnósticos de la Medicina, sus métodos, sus técnicas, su procedimiento de investigación, sus criterios de curación. El psicoanálisis proporciona para ello más que una herramienta, un medio de investigación de aquellos factores etiológicos “invisibles”, las emociones, el factor “subjetivo”.

Muy diferente es la orientación de una otra Psicosomática, a la que proponemos llamar Psicosomática Psicoanalítica. Para esa concepción lo “subjetivo” no es un factor de causalidad, y el síntoma, cualquier síntoma, no es lo que debe ser eliminado. Para el psicoanálisis, el principal síntoma es el propio Yo, y este es visto como un “campo de batalla”, como Freud proponía en 1917.

El creador de esta tendencia, es Georg Groddeck, médico alemán que descubrió por vía independiente la existencia y la eficacia del Inconsciente, y publicó, a instancias de Freud dos obras capitales para el pensamiento psicoanalítico sobre las formas del padecimiento humano que se manifiestan como síntoma psicosomático:

El “*Libro del Ello*”, de 1921 (Groddeck, 1984), y “*Condicionamiento Psíquico y Tratamiento de Molestias Orgánicas por el Psicoanálisis*”, de 1917 (Groddeck, 1992) Una de las tareas fundamentales para el Psicoanálisis contemporáneo es rescatar la contribución de ese original y perturbador autor, todavía desconocido y relegado.

No hay espacio suficiente para un desdoblamiento más amplio de esa diferenciación, pero ella es fundamental para poder considerar el modelo a desarrollar.

LA BANDA DE MOEBIUS¹

En 1861, el matemático Ferdinand Moebius publicó un trabajo en el que exploraba las características paradójicas de un objeto, que él definía como “*unilateral y no direccionable*” (Trillat, 1991, pp. 276-277). Físicamente su construcción es bastante simple: se toma una tira de papel, se pegan sus extremos, procediendo antes, sin embargo, a una torsión en el sentido longitudinal de la tira. Se forma, así, una especie de anillo, que recuerda a un ocho. Esta figura matemática sigue intrigando, hasta hoy, a los matemáticos, que consideran que aún no han agotado el estudio de todas sus posibilidades. ¿De qué se trata, y cuáles son sus utilidades para el tema que nos concierne? Se trata de una figura donde se procesa una continuidad completa, donde no existe interior y exterior, y su uso en Psicoanálisis se debe a Jacques Lacan (1973). Aquí proponemos un uso un tanto diferente de lo que Lacan propuso, aunque sin duda sea de él lo esencial de esa aprehensión.

La banda es una hoja de papel que no tiene frente y reverso, tiene un solo lado. Este lado, cuando se camina, conduce al otro. En su conjunto, no se puede decir cuál es el frente, cual el alto, cual es el fondo o cual lo bajo. No tiene ni dentro ni fuera. No se orienta en el espacio, o se orienta igualmente, como un objeto sumido en un espacio topológico. Si ella es cortada, se deshacen sus propiedades, pero si es cortada longitudinalmente, en su “alma” (es el término matemático) se forman dos bandas: una orientable, con dentro y fuera, y otra Banda de Moebius, no orientable.

Para la Psicósomática, ella es la representación ideal para configurar un modelo para la relación entre el cuerpo y la mente. El cuerpo no es el exterior, siendo la mente su interior. Los procesos psíquicos no se dan “dentro” del hombre. El “cuerpo” no es un mero vehículo, o un traje, o un calzado. El cuerpo y la mente se interpenetran, como se ha sabido desde siempre. No hay procesos puramente orgánicos, y no hay procesos únicamente mentales. No obstante, se deben respetar las especificidades de los registros, habiendo así una esfera biológica, una esfera físico-química, dimensiones simbólicas organizadas por esferas sociales y culturales, y una esfera propia del psiquismo, además de otras, hay una evidente continuidad en el fenómeno humano. Esta continuidad es lo que la Banda de Moebius puede hacer posible de representar.

El sufrimiento humano es una extraordinaria manifestación de la unidad de la vida humana. No se sufre sólo en el cuerpo, ni sólo psíquicamente. El único cuerpo puro, aislado de mente, es el del cadáver. Los procesos psíquicos son “apoyados”, como decía Freud. Tal vez no haya dicotomías, sino sólo modelos distintos de aprehensión. Lo que parece específicamente orgánico en el cuerpo, tal vez sea sólo uno de los “momentos” de la franja, y si tuviéramos suficiente paciencia, sabiduría suficiente, y criterios adecuados, posiblemente podríamos percibir cuando ese proceso pasa a manifestarse en su “momento” psíquico. De cualquier forma, la Banda de Moebius es un interesante recurso para que podamos enfrentarnos con el ser humano integral que va a buscar ayuda para su sufrimiento. Para la clínica psicoanalítica se trata de una representación que posibilita la continuidad de la investigación, sin ruptura, cuando es el cuerpo quien está “hablando”. Las enfermedades continuarán, obviamente, siendo tratadas por médicos. Los conflictos continuarán siendo la materia prima de la investigación de los analistas, pero el fenómeno psicósomático puede, quizás, dejar de ser “tierra de nadie”.

1.- Una discusión más completa de este asunto se encuentra en mi trabajo, ya citado, “Deuses do Corpo e Dança da Alma”. (“Dioses del cuerpo y danza del alma”).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lopes, O. C (1970). A medicina no Tempo. São Paulo: Melhoramentos e EDUSP.
- Ariès. R (1986). História Social da Criança e da Família. Rio de Janeiro: Guanabara.
- Etmüller (1986). Pratique de Médecine Spéciale, Lyon). Em Foucault, M. (1972). História da Loucura na Idade Clássica. São Paulo: Perspectiva, 222.
- Trillat, E. (1991). História da Histeria. São Paulo: Escuta.
- Groddeck, G. (1984). O Livro disso. São Paulo: Perspectiva.
- Groddeck, G. (1992). Condicionamento Psíquico e Tratamento de Moléstias Orgânicas pela Psicanálise. Em Groddeck, G. Estudos psicanalíticos sobre psicossomática, São Paulo: Perspectiva. (Originalmente publicado em 1917).
- Lacan, J. (1962). L'identification. Seminário inédito.
- Lacan, J. (1973). L'étoudit. Em Scilicet, n°4, Paris: Seul.

(*) Psicólogo, Psicanalista, Mestre e Doutor pela, USP-Professor-adjunto da Faculdade de Medicina de São José do Rio Preto/SP.

Dirección para correspondencia
Lazslo Antônio Ávila
Rua Raul Silva, 615 CEP:
15014-300 São José do Rio Preto-SP

Publicado en: Psicologia, Ciencia e Profesao, vol. 17 N° 3, pp. 35-39, 1997.

<http://dx.doi.org/10.1590/S1414-98931997000300006>

http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1414-98931997000300006

Volver a bibliografía Georg Groddeck
Volver a News 5-ex-59